

Palabrería reaccionaria

Un cartel de propaganda bolchevique de 1920 de Aleksei Kadakov que se subtitula ***“Un analfabeto es un ciego. Todos los errores y desgracias le esperan”*** es perfectamente aceptable por el anarquismo, al condensar la herencia ilustrada del movimiento revolucionario. Actualmente, esa imagen define perfectamente la esencia del Posmodernismo, una ideología surgida como crítica literaria y que se ha difundido rápidamente por los ambientes universitarios de EEUU, primero, y por los del resto de occidente después. En realidad no es una ideología, ya que carece de ideas fuerza, sino una antiideología; la ideología posmoderna, ampliamente difundida en el seno de la burguesía, no tiene nada que ver con los nihilistas rusos del siglo XIX, ya que estos no creían en nada pero estaban dispuestos a morir por ello. Nada de esta épica impregna a los posmodernos, cercanos además a los círculos de poder que combatían los nihilistas.

El fenómeno intelectual posmoderno tiene su principal antecedente en otro fenómeno intelectual más antiguo, la escuela griega de los Sofistas; mientras las demás corrientes filosóficas pretendían buscar un sentido a la vida, los sofistas tan solo se dedicaban a hacer acrobacias con el lenguaje, y aprovechaban los puntos débiles de las escuelas filosóficas para ponerlas en ridículo. La base de la sofística, como la del posmodernismo, era un análisis y manipulación consciente del lenguaje, y a ello se debe la aparición de la palabra sofisma, un ***“argumento falso o capcioso que se pretende hacer pasar por verdadero”***. La aparición de los Sofistas coincide con el punto álgido de la filosofía griega, siendo paralelos a Sócrates y Platón, defensores del objetivismo, tras los cuales se inicia la decadencia irremediable de la cultura y pensamiento de la Grecia clásica.

El paralelismo es especialmente interesante, dado que Sofistas y Posmodernos surgen como reacción al objetivismo y, en definitiva, la racionalidad, oponiendo en ambos casos mera retórica vacía, acrobacias del lenguaje sin contenido alguno. Pero más importante aún es saber las consecuencias del rechazo del racionalismo. En el caso de Grecia, la decadencia de la filosofía abrió paso a escuelas basadas en el hedonismo y la apatía. Esta pérdida de vigor intelectual tuvo consecuencias funestas, al abrir las puertas a un desarrollo inesperado: la fusión de una filosofía helenística, que ya no creía en nada, con la religión judía, cuyo extremo dogmatismo daba un nuevo sentido a la vida. La ciudad siria de Antioquía será el crisol donde helenismo y judaismo se fusionaron para dar lugar al nacimiento del cristianismo. Allí será donde, según la Biblia, surge la palabra cristiano, de raíz griega (Cristo, ***Χριστός***) y significado judío (Mesías), y allí reside San Pablo, principal responsable en la construcción y expansión del cristianismo.

El resultado de la pérdida del norte de la filosofía clásica dio lugar a un monstruo similar al ISIS que, como explica al detalle Catherine Nixey en **La edad de la penumbra**, dedicó sus energías a eliminar todo rastro de pensamientos contrarios a su dogma religioso, y su éxito fue casi total: nada menos que el 99% de la literatura latina clásica se ha perdido por su furia destructora. Hoy día el posmodernismo cuestiona las bases de la Ilustración y la ciencia, siguiendo los pasos del sofismo, y Foucault, pilar de la ideologia posmoderna, apoyó la toma de poder de la teocracia islamista de Jomeini, que calificó de ***“revolución social”***. Que no nos engañe su envoltorio aparentemente liberador: las fuerzas que quiere liberar nos devolverán a la Edad Media si no lo impedimos.

La miseria de la posmodernidad

David García Colín Carrillo

Si le preguntas a un posmodeno cuál es la causa de la opresión, te va a contestar algo como: ***“la opresión es configurada -como señala Lyotard*** **(un buen posmoderno debe siempre citar a un oscuro e intragable gurú que sólo los iniciados han leído)*****- por una narrativa que impone un discurso hegemónico de dominación del “otro”, de las “minorías”***.

Si, fingiendo interés, le preguntas sobre el origen de esa narrativa opresora, te responderá: ***“el discurso hegemónico -como dice Foucault (el Lex Luthor de la posmodernidad)- es impuesto de acuerdo a relaciones de poder que se imponen en todos los ámbitos de la vida cotidiana”***.

Si, aguantando el bostezo, le preguntas sobre el origen de esas misteriosas relaciones de poder, es probable que te responda: ***“Se configuran históricamente en tanto “ser ahí” (“dasein”)-como señaló Heidegger-“***. Un posmoderno elegante procurará siempre, para aumentar el embrujo de la palabra, citar algún término en alemán,

(sigue en la página 2)

(viene de la primera página)

aunque no sepa nada más del idioma. Otro mandamiento es nunca decir con algunas palabras y de manera clara lo que se puede decir con mil y de la manera más oscura concebible.

Si le insistes, resistiendo las ganas de recordarle que Heidegger era un maldito nazi, sobre en qué consiste esa evolución histórica, te dirá: ***"Esto sólo se puede desentrañar -como dijo Gadamer- mediante un análisis hermenéutico que revele la tradición histórica que determina el texto y el discurso"***.

Y si le preguntas, resistiendo las ganas de tundirle con el espantoso libro **"Verdad y método"** con el que la maestra hippie (esa que confundía la poesía con filosofía) te torturó en la carrera, sobre qué es lo que determina la tradición dominante en un momento histórico determinado, te dirá: ***"se configura a través de un discurso hegemónico que imponen las relaciones de poder; en occidente ha dominado el discurso eurocéntrico, heteronormativo, patriarcal, falocéntrico, machista, judeocristiano, racista, de racionalidad instrumental (como dijo la Escuela de Frankfurt y Enrique Dussel)…"***.

Volvemos al punto de partida de una *"explicación"* que no explica nada. Como burro de noria, giran en círculo vicioso que no sale del lenguaje, la narrativa y el discurso.

Si, en un vano intento, te esfuerzas en aclararle que la ideología dominante (o la narrativa como ellos le llaman) es la de la clase dominante de un modo de producción determinado y que el poder (relaciones de poder) de las clases sociales se estructuran conforme a las relaciones de producción de un sistema socioeconómico dado; realidad que trasciende y determina al lenguaje y al discurso, te dirá: ***"no existe nada que escape al discurso pues la realidad se configura a través del lenguaje y los metarrelatos que estructuran la realidad. No hay verdad objetiva, todo es una narrativa construida históricamente. La ciencia es un mito de la razón ilustrada, no menos dogmática que la religión (como decía Lyotard)"***.

A estas alturas ya da flojera recordarle al posmoderno que antes de Nietzsche, Lyotard o Foucault; Marx ya había estudiado la ideología pero siempre en relación con intereses de clase realmente existentes. Marx no sólo se conformó con explicar que de toda realidad social genera una expresión ideológica contradictoria pero funcional a la clase dominante, también explicó las leyes del desenvolvimiento de la sociedad capitalista. La única manera de transformar la ideología de las masas es a través de la lucha colectiva para cambiar las condiciones de existencia, por derribar el capitalismo. Lo único que han hecho los posmodernos es tergiversar, desde una óptica idealista, subjetivista, relativista y absurda, lo que ya habían estudiado los fundadores del marxismo. Para ellos, en general, la lucha de masas es absurda pues la alienación -también estudiada por Marx- se declara un fenómeno absoluto y monolítico -que obviamente no incluye a los *"genios"* posmodernos-.

NOS DEJAN ELEGIR EL SEXO, PERO NO LA CLASE SOCIAL

EL ROTO

Pero este debate engorroso y aparentemente escolástico tiene consecuencias prácticas pues la posmodernidad influye fuertemente en colectivos y grupos feministas y neozapatistas involucrados en la lucha. Para el posmoderno, atrapado en el fango del subjetivismo extremo, la lucha contra la opresión no consiste en la lucha de clases -proceso objetivo, de masas, colectivo- sino, simplemente, en cambiar el lenguaje, en ***"desestructurar"*** (como decía Derrida) el discurso para ***"desmontar"*** las estructuras de dominación, en discutir éste o aquél aspecto del discurso o la forma de hablar.

De aquí la absurda idea de querer acabar con la opresión de la mujer cambiando vocales por @ o ***'x"***. No se pretende derribar al sistema capitalista, se conforman con cobrar conciencia de la opresión, estudiar las maneras subjetivas en que ésta se expresa y reproduce.

Se le da al lenguaje un poder místico y mágico que apela al amor propio de intelectuales que viven encerrados en la academia y que obtienen su sustento y ascenso social con palabras y discursos. Normalmente estas personas desprecian a los trabajadores y sus luchas prosaicas como huelgas y marchas -***"cómo yo, distinguido académico, me voy a mezclar con la chusma ignorante"***-.

No se trata ya de lucha de clases, sino de infinidad de luchas parciales, confinadas en espacios domésticos, privados, académicos, sectoriales; entre mujeres vs hombres, oriente vs occidente, centro vs periferia, privilegios vs excluidos, blancos eurocentricos vs minorías, etc. Se trata, para ellos, de un cambio subjetivo, predominante individual – o a lo sumo de colectivos pequeños-.

Por supuesto, el marxismo debe partir de la luchas concretas, por modestas y limitadas que sean, pero siempre vinculándolas con la lucha por el socialismo. Los posmodernos se resisten a entender que toda lucha parcial se inserta en un sistema socioeconómico dominante que subsume a los fenómenos parciales.

Como no se tiene una visión de clase, se divide, en beneficio de la burguesía, a los oprimidos en líneas culturales, de género y hasta raciales. Obviamente no se ***"desmonta"*** nada con este vicioso embate de palabras -que sustituye la lucha de clases por la ***"lucha de frases"***- y la clase dominante puede seguir tranquila explotando real y objetivamente a los trabajadores, mientras con la otra mano paga las becas de esa aristocracia posmoderna e inútil.

Es la miseria del posmodernismo y su orgánica incapacidad de entender la dinámica y leyes del capitalismo, única manera de aspirar a acabar con toda clase de opresión.

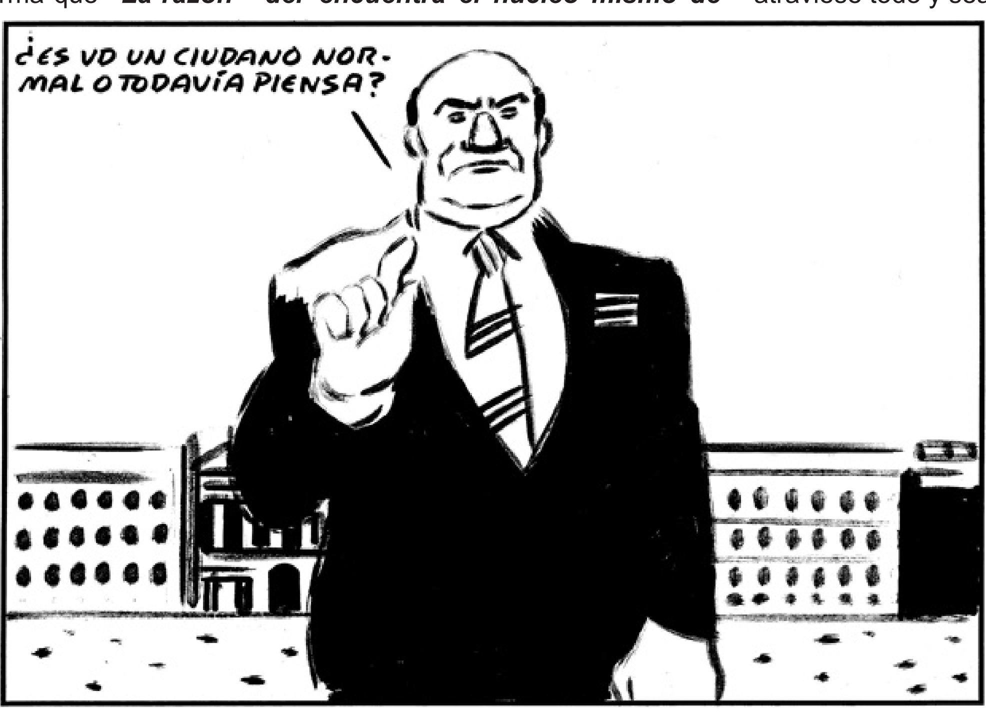
La trampa de la posmodernidad y la nueva izquierda

Martín D'Amico

Uno ve toda la resaca de la caída del bloque socialista, pero a lo mejor no ve como esa caída liberó al pensamiento burgués de las ataduras que lo mantenían en una edad infantil, y que ahora parece estar llegando a su madurez, tanto en el aspecto económico con el neoliberalismo, como en el aspecto cultural con el postmodernismo. Su maduración es tan intensa que la izquierda misma se encuentra atravesando un proceso de transición de sus ideas y sus principios. En ese orden de cosas, no es casualidad que una de las teorías centrales en el pensamiento de la izquierda contemporánea, sea la del ***"Poder"*** y sus relaciones, en un sentido foucaultiano (o nietzscheano po-

dríamos decir). Esta teoría posee una concepción del mundo que viene a explicar la historia de la humanidad como resultado exclusivo del poder, sin hacer esfuerzo alguno en darle a esta idea, un carácter conceptual, científico. Se desprecia, por ejemplo, la posibilidad de que el Poder, la dominación en sí, no sea más que un medio para un fin y no una cosa pura en sí misma, de esta manera se da a entender que la dominación es ***“porque sí”***, ¿Causas materiales que determinen y expliquen este fenómeno? ¡Ni hablar!

Como buen postmodernista, Foucault nos va a decir que el uso de la razón para el desarrollo de métodos cognitivos no tiene ningún sentido, nos dice que es una pérdida de tiempo el llegar a conclusiones lógicas que se reflejen en conceptos exactos a través de la ciencia, a pesar de que la civilización sea un producto de ese raciocinio humano. Foucault afirma que ***“La razón es el lenguaje final de la locura”*** según él no debe de existir nada que nos guíe lógicamente, sigue: ***“No tiene sentido hablar en el nombre de, o en contra de la razón, la verdad o el conocimiento”***. A través de esta negación de la racionalidad, típica de la ideología postmoderna, el pensador perdido en su bagaje idealista, se ve libre de decir cualquier locura, en éste caso, da rienda suelta a una paranoia ácrata en la que le aterra todo ejercicio de poder, incluyendo la lengua: **“El problema del lenguaje”, dice Foucault, “parece asediar por todas partes la figura del hombre”**. El filósofo francés, en oposición a Jaques Derrida, nos dice que la historia que nos engendra y nos determina ***“tiene la forma de la guerra más bien que la del lenguaje: se trata de relaciones de poder, no de relaciones de significado”***.



Esta concepción radicalizada del mundo, lo que viene a hacer, en realidad, es negar la posibilidad de resolver, por ejemplo, las contradicciones entre las clases sociales, la idea de vivir en una sociedad sin divisiones entre ricos y pobres sería imposible porque detrás de cada individuo hay una pulsión de Poder no como medio sino como fin último. Aunque éstos filósofos no lo digan, se trata de la fundamentación de la ley del más fuerte, por eso Foucault admitía la influencia directa que tenía de Nietzsche, quien había teorizado profundamente sobre estos mismos temas, llegando a decir cosas como: ***“Cuando encuentro a una criatura, encuentro voluntad de Poder”***.

Esta visión del Poder, además, no es singular, como podría ser el poder fáctico del Capital, sino que se expresa por medio de una multiplicidad infinita de relaciones que atraviesan la totalidad de la estructura social. Es más, no solo el Poder atraviesa a esas relaciones, sino que… ¡Las constituye! La existencia de esos micropoderes ejercidos en el plano individual del sujeto, actúa a través de pequeñas instancias personales diseminadas a lo ancho de la sociedad, procediendo a través de ésta capa por capa, pliegue por pliegue, según Foucault: ***“…cuando pienso en la mecánica del poder, pienso en su forma capilar de existencia, en el punto en el que el poder encuentra el núcleo mismo de los individuos, alcanza su cuerpo, se inserta en sus gestos, sus actitudes, sus discursos, su aprendizaje, su vida cotidiana”***.

Se trata de la construcción de un relato, porque una vez desarrollado el discurso de la microfísica del poder, éste filósofo pasa a una segunda fase en su obra **Vigilar y castigar**, en ella se habla de la sociedad directamente como un ***“archipiélago carcelario”***. Los cuarteles, las fábricas, las escuelas, los supermercados, y todos los escenarios de la vida social, son entendidos como dispositivos de Poder y control. Una persona racional se preguntaría si podemos prescindir de esos escenarios de la vida pública, ya que al mismo tiempo uno se da cuenta que la crítica a quien ejerce el poder, va en dirección de criticar por el mero hecho de existir el poder.

La trampa está tan fabulosamente escondida que la izquierda no la descubrió, ¿o es que no le importa? La jugada está en que las relaciones de poder no se expresan verticalmente entre las clases sociales, sino horizontalmente entre las mayorías sociales y no hay que ser muy inteligente para entender a quien le puede servir una teoría así. A lo mejor sea por esa razón que estas ideas ocupan un lugar hegemónico en los claustros universitarios, en donde se preparan los militantes de la nueva izquierda.

El detalle de que el Poder se manifieste de manera horizontal no es menor, ya que no deja lugar a la clásica división entre dominadores y dominados, en este caso el Poder se presenta en cada individuo, siendo éste tanto receptáculo como vehículo de las relaciones de poder, todos seríamos, en teoría, agente y producto del poder. De esta manera, se entiende que el poder se encuentra en todas partes, que lo atraviese todo y sea accesible a todos.

Pongamos un ejemplo de lo que es un opresor para esta teoría posmoderna sobre el Poder: Una vendedora ambulante, sale a trabajar a las cinco de la mañana para tomarse el tren y llegar a la estación de Once, hace frío y llueve, se abriga con lo poco que tiene porque el frío le congela los huesos. Esta señora, trabaja diez horas por día para darle de comer a sus hijos. La teoría radical de la microfísica del Poder nos va a decir que esta trabajadora es en realidad es una opresora, porque con su heterosexualidad oprime a las personas homosexuales a través de una relación de poder históricamente configurada por medio de un sistema al cual la militancia posmoderna le puso el nombre de ***“heteronormatividad”***, y no satisfecha con eso, esta idea nos dice también que la vendedora ambulante oprime también cada vez que regatea el precio de las fundas de celulares que le vende a los transeúntes. Cuando llega a su casa, oprime además a sus hijos porque todos sabemos de la relación de poder que existe entre los padres y los hijos, entre el adulto y el niño.

La burguesía tiene su arsenal ideológico y lo arrojó sobre nosotros. A la nueva izquierda, convertida a estas alturas en una fuerza política del sistema, no le interesa saber cómo pensar soluciones a las problemáticas que plantea, sino que solo le interesa agudizar esa

misma construcción del conflicto. Es decir, que no se persigue resolver toda relación hasta suprimir estas ***"opresiones"***, sino que se busca una teoría del conflicto que tienda, efectivamente, al cumplimiento de esta praxis política que genere una problemática detrás de otra.

Es por esto que cada vez aparecen más y más ***"pañuelitos"***, el sistema impulsa a estas ideologías del conflicto para que los individuos del pueblo ejerzan presión unos sobre otros, así se crean ***"oposiciones"*** que a su vez necesitan de una ***"resistencia"*** subsidiaria de relaciones de poder que son fragmentarias y descentralizadas.

Los intereses de los mismos que ponen en marcha este movimiento no son afectados en lo más mínimo. Es como un chiste… y los de abajo, los que de verdad están oprimidos porque crecen en el infierno que es la lucha de clases, cuando ven a un militante progre van a tener que aprender a reírse del chiste, pero será una risa con dolor, como canta Víctor Heredia en Sobreviviendo: ***"No quiero ver un día manifestando por la paz en el mundo a los animales, como me reiría ese loco día, ellos manifestándose por la vida y nosotros apenas sobreviviendo…"***.

¿POR QUÉ LA POSMODERNIDAD ES UNA FÁBRICA DE IMBÉCILES?

Angelo Fasce

Hace un tiempo leí un libro de Susan Blackmore en el que argumentaba que aquello de alcanzar el nirvana era algo casi imposible. Lo es porque el cerebro humano nunca se detiene, ni cuando dormimos, ni cuando creemos estar pensando en nada: siempre está elucubrando, lanzando ideas peregrinas o resolviendo problemas. Lo cierto es que el cerebro no detiene su incansable actividad y la mitad del tiempo está teniendo ideas estúpidas y extravagantes sobre posibilidades remotas, o ardientes pensamientos sexuales —a mí en clase me pasaba mucho… bueno, en realidad me pasa todo el día; si estás conmigo más de media hora seguramente comenzaré a pensar mientras me hablas en cómo sería montármelo contigo. Hay varias explicaciones a esto. La que ofrece Blackmore es que ello maximiza las posibilidades de tener buenas ideas, porque por pura probabilidad habrá algún diamante entre la montaña de bizarradas que pensamos todo el rato. Es una especie de selección darwiniana de ideas espontáneas que se une a los razonamientos explícitos y bien encaminados que tenemos habitualmente. House lo ejemplifica, ¿no? Ya podía poner al rubiales y a Olivia Wilde a hacer mil pruebas que la solución siempre le llegaba de súbito mientras estaba torturando a Wilson o colocado de vicodina en alguna reunión aburrida. También se han ofrecido explicaciones apelando a esto para cuando tenemos un *deja vú*, pero eso ya es otra historia.

¿Se relaciona lo que acabo de decir con la posmodernidad? Sí, pero ya llego ahí, no me seáis cagaprisas. Para ello tengo que apelar a otra científica: Susan Pinker. Pinker habla en **La para-**



doja sexual —un libro que recomiendo encarecidamente a toda persona que se interese por el feminismo— acerca de Larry Walters, que un buen día decidió atar 45 globos de helio a una silla de su jardín, pillarse unas cuantas birras y algo para picar, y volar a 4.600 metros de altitud desde San Diego hasta Los Ángeles —donde lo detectaron los radares del aeropuerto y no me quiero ni imaginar la cara de los controladores aéreos. Cuando le preguntaron a Larry en una entrevista posterior acerca de por qué lo hizo, dijo algo así como ***"porque era un sueño y porque estaba aburrido"***. Pinker lo cuenta para introducir la evidencia que apunta a que los hombres asumimos muchos más riesgos en nuestras decisiones y hacemos auténticas gilipolleces cuando nos aburrimos —y basta con echar un vistazo a youtube para confirmar la idea—, en contraste con la prudencia femenina —lo que en la terreta llamamos ***'tenir trellat'***. La explicación biológica consiste en que los hombres ganamos mucho evolutivamente con la toma de decisiones de alto riesgo al reproducirnos al por mayor y ser bastante más prescindibles para la especie que las chicas, aunque eso tampoco importa ahora. Con toda esta información en la mano ya puedo ofrecer una caracterización del perfil intelectual de la filosofía posmoderna como una pájara mental espontánea propia de occidentales aburridos. La posmodernidad no es otra cosa que un grupo de personas suficientemente aburridas como para decidir huir de los datos, la razón, lo comprensible y otras cosas que podríamos valorar. Algo que puede resultar épico e inspirar alguna peli, pero que no demanda ningún respeto intelectual por nuestra parte.

Si bien es cierto que hay prefiguraciones, como Nietzsche o Dilthey, y que gente como Heidegger, Foucault, Lacan y Khun sentaron importantes precedentes, el movimiento posmoderno propiamente dicho nace en 1975 con **La condición posmoderna** de Lyotard. De hecho, el propio Lyotard es una de las glorias de la posmodernidad junto a autores como Deleuze, Kristeva, Irigaray, Derrida, Zizek, Baudrillard o Rorty, este último uno de los más venerados. El epicentro original fue Francia, donde aún hoy en día es la tendencia intelectual dominante —que ya se sabe lo de los franceses—, para después extenderse a otras zonas del occidente más rico, especialmente a Estados Unidos, donde la gabachada hizo buenas migas con la *New Age* y existen universidades enteras infestadas de esta gente, como la tristemente célebre Universidad de Duke. En nuestro contexto los principales focos de posmodernidad están en países latinoamericanos como Argentina o México, países con economías más potentes que el resto de la región y con la posibilidad de generar gente aburrida y acomodada con tiempo suficiente como para posturear y pensar en tonterías intrascendentes o inventadas.

En España, felizmente, lo posmo va en retroceso con el pasar del tiempo, quizás porque aquí las políticas de investigación están fuertemente encaminada a la ciencia y el cine cutre se lleva todas las subvenciones de cultura, así que desde hace ya un tiempo esta clase de cosas se ven con recelo. Ellos se quejan siempre, pero, joder, Dios bendiga al MECD por ello, porque no los he tenido que sufrir mucho. O, bueno, mejor dicho sí, pero no a los cabeza de



cartel sino a los cachorros, una gente que nunca acabó la carrera y que se pasaba el día perdiendo el tiempo en los bares de detrás de la facultad. La gente que trabaja estas cosas en mi entorno habitual, profesores y demás, son gente encantadora con la que hoy en día me llevo a las mil maravillas. Pero no es así en todos lados. Hice una estancia en EEUU hace un tiempo y ahí sí noté la dureza de la posmodernidad más descerebrada. No hice un solo amigo en la facultad, les decía que era filósofo de la ciencia y se interesaban, pero cuando descubrían que no trabajaba en tonterías raras se daban la vuelta y se iban sin más. Especialmente desagradable fue un tipo que hacía la tesis sobre algo que nunca llegué a entender y que siempre iba por ahí con una botella de alcohol a medias y una guitarra, u otro tío que se enfadó cuando le di dos besos a una becaria al saludarla —a ella le dio igual— y una doctoranda de estudios queer —cuyo trabajo me gustó mucho la verdad— que me echó una bronca descomunal porque me subí al ascensor despreocupadamente quedándonos los dos solos —lo cierto es que me habían dado un papel al llegar para advertirme de que no lo hiciera, en el que también me prohibían ir por los pasillos con las manos en los bolsillos… en fin, que lo que está pasando en EEUU es bien loco.

La principal consigna de la posmodernidad es su ruptura con los valores ilustrados. La ilustración es la madre de la civilización occidental tal como la conocemos, un periodo histórico de increíble lucidez intelectual en la que se rechazó la religión, el nacionalismo, las desigualdades ante la ley y la superchería, reivindicando la ciencia, la democracia representativa y la separación iglesia-estado. La posmodernidad supuso romper con todo eso, alejándose de lo que consideraban *'la tiranía de los datos'* y adentrándose en un escepticismo radical sobre todo y sobre todos. Gianni Vattimo la define como una corriente de pensamiento a la que no le interesa el mundo real, sino únicamente las interpretaciones que se puedan hacer de él. El gran relato ilustrado fue encumbrar a la razón, a la ciencia y a la libertad, pero los posmodernos lo consideran un relato más entre muchos otros. Es decir, el mundo para un posmoderno consiste sólo en un montón de relatos diferentes entre los que no existe jerarquía alguna. Las consecuencia directa de esto es clara: el intelectual no debe creerse ninguno de esos cuentos, desprendiéndose de todo compromiso y de todo valor. Por ello la posmodernidad es radicalmente relativista y constructivista. Es relativista porque no cree que exista la verdad, sólo relatos que son verdaderos en el sentido de ser verdades para sus adeptos, y constructivista porque consideran que los hechos en los que creemos han sido construidos por la sociedad a la que pertenecemos.

Su máximo exponente, Rorty, lleva estas ideas hasta el extremo en su neopragmatismo. Existe un constructivismo moderado y razonable dado que es verdad que los hechos se pueden interpretar, y también es verdad que hay diferentes formas equivalentes de hablar sobre lo mismo. Por ejemplo, si tengo 4 círculos podré decir que tengo 4 objetos, aunque también podré decir que tengo 7 si defino *'objeto'* como sumas de circulos; pero, joder, que hay 4 círculos en el papel es un hecho objetivo y decir que tengo 3 avestruces es erróneo. Pues para Rorty no, para Rorty también los hechos son construidos por nuestra forma de hablar. Para él el mundo no es más que una maraña de

conceptos inventados en el que lo verdadero y lo falso se definen únicamente en relación a esa red socialmente compartida —en realidad a Rorty se le fue la cabeza después de leer al segundo Wittgenstein, que explicaría todo esto diciendo que no conocemos cosas, nos limitamos a comprender el mundo, definido como los juegos del lenguaje en los que estamos inmersos. Estas ideas llevan a los posmodernos hasta posturas surrealistas que uno lee y no sabe si reír o llorar. Por ejemplo, un grupo de investigadores descubrió que Ramsés II había muerto de tuberculosis, pero Latour apareció para negar taxativamente que ello fuera posible, afirmando que ***"¿cómo habría podido morir a causa de un bacilo que fue descubierto por Robert Koch en 1882?"***. Él y los suyos tienen la mente tan jodida que piensan que Koch no descubrió una bacteria que ya existía antes que él, sino que ***"antes de Koch, el bacilo no tenía existencia alguna"***. Decir que murió de tuberculosis les resulta tan anacrónico como decir que murió de sobredosis de ketamina en el baño de la discoteca Cocoloco de Gandía.

El problema básico de su epistemología es que no separan las cosas que sí son construidas por las sociedades —el dinero, los sistemas políticos o las bicicletas— de las cosas que no lo son —moléculas, jirafas o los efectos de la aspirina. El segundo problema es suponer la relatividad extrema entre relatos, asumiendo que la ciencia, la mitología, la pseudociencia y la religión son equivalentes, o la democracia y los regímenes totalitarios, u Oasis y Blur —hay que estar realmente roto para esto último. Esto los lleva a tener una actitud tremendamente pusilánime y acrítica que los convierte en seres vacíos y faltos de compromiso, sosteniendo un discurso que, además de no importarle una mierda a nadie por contraintuitivo e inútil, resulta extremadamente peligroso. Porque ahí donde hay un incauto siempre hay un hijo de puta para aprovecharse de él, y con la legión posmo han hecho su agosto muchas personas de muy escasa valía moral. Hasta aquí he trazado la relación entre el escepticismo extremo y la actitud irracionalmente pasota y anticomunicativa de los posmos, pero cabe preguntarse, ¿por qué, entonces, apoyan abiertamente relatos como ciertas pseudociencias, feminismos extremistas o les ha dado por celebrar barbaridades orientales o musulmanas? Bueno, esto ya no forma parte del corpus de ideas propiamente posmodernas, pero es el resultado de combinarlas con la naturaleza humana.

El escepticismo radical no sólo es lógicamente insostenible, sino que es humanamente impracticable —¿le daría igual a un posmoderno subirse a un Boeing que a un avión diseñado a partir de la física de la Biblia y bendecido por el Papa? Lo es porque el ser humano es un animal que genera creencias sobre el mundo, es nuestra naturaleza. Nadie puede ser objetivo —de hecho, los métodos de la ciencia no son más que una forma de evadir este problema. Ellos también necesitan aferrarse a relatos, no pueden ser equidistantes aunque quieran. Pero, claro, la magia de su postura es que pueden elegir el que les apetezca. Total, viven en las nubes y se pasan las enciclopedias por el forro. Con los años cada vez tengo más claro que al mundo lo mueven 3 cosas: el dinero, el odio y el follar. Sobre lo de follar no me voy a alargar porque… en fin, intentad ligar con un libro de Dennett en la mano y después hacéis lo mismo con uno de Derrida, y ya me contaréis. El relato posmoderno ha dado mucho dinero, acceso a muchas plazas, se han vendido millones de libros sobre esto y defender estas ideas, lamentablemente, te da mucha más fama —inmerecida— que decir cosas coherentes, ser un divulgador o llorar sangre aprendiendo neurobiología del desarrollo. A lo mejor hasta te sacas unos buenos euros de psicoanalista, que es una salida muy común entre ellos. Es un discurso sencillo por simplón y que llama la atención, con lo cual es un negocio excelente si eres un caradura y/o no eres muy listo. Le dice a la gente lo que quiere oír y, en ese sentido, basa su éxito en lo mismo que cualquier populismo.

¿Cuáles son los orígenes del Posmodernismo?

PREMODERNO — MODERNO — 





"Porque Dios le puso y así ha sido siempre"

"¡Hacia adelante y hacia lo alto con un progreso inevitable!"

"Bllpppggghljsdlkfjowejfalsk djflksjdldl;aldfikj;;;;df"

Por otro lado, la posmodernidad es una enorme fuente de odio, especialmente de autoodio. Te permite odiar a la sociedad en su conjunto, negar los hechos que no te gustan, odiarte a ti mismo —algo que le encanta a ciertas personas— por los relatos que has asumido en el pasado y odiar a todos aquellos que no piensan como tú, porque nadie tiene razones o evidencias que susten esas posturas que no te convienen. Vas a poder disfrutar desaforadamente de todos tus nuevos complejos poscoloniales, olvidar que tus problemas son tuyos y odiar todo lo que haces, porque todo lo que haces, y, sobre todo, todo lo que hacen los demás, son claros reflejos de lo patriarcal, racista, tiránico, homófobo, clasista e islamófobo que es occidente. Al fin y al cabo, lo fríos números son mentiras y tú tienes la razón. Seguro que encuentras alguna cita de Nietzsche o algún pasaje ininteligible de Lacan lleno de ecuaciones sacadas de contexto que justifique tu prepotencia, endiosamiento y tu forma hipócrita de juzgar a los demás. Porque, recuérdalo siempre: aquí lo que importa es interpretar. No tienes que estudiar, basta con que sepas tres datos que puedes retorcer como te de la gana porque son invenciones, e interpretarlos también como te de la gana. Lo más normal, como es de esperar, es que los posmos inventen relatos que **(1)** los encumbren como los mejores de entre nosotros, **(2)** los conviertan en víctimas de algo —cosa con la que pueden pedir un trato especial y sentir que sus problemas son culpa de los demás—, y que **(3)** los conviertan a ellos y sólo a ellos en los redentores de la humanidad. Eso es lo que hacen, básicamente, las versiones posmodernas de la antropología, los estudios raciales, coloniales, feministas, políticos, etc.

Todo lo dicho los lleva a quedarse con el relato que más les permita posturear y encumbrarse como Mesías de los más débiles —que da igual que lo sean en realidad o no, lo que importa es que lo parezcan dentro del relato. Por influencia de la escuela de Frankfurt la posmodernidad entiende de una forma disparatada que la ilustración tuvo como desarrollo natural el régimen nazi —sí, creen que Kant y Voltaire fueron protonazis…—, considerando que en ella está lo más execrable del ser humado y considerándola una forma de razón totalitaria muy peligrosa. Por eso hay que defender relatos alternativos que puedan hacerle frente, que ya da igual que sea el ISIS, el comunismo, el indigenismo u orientalismo más alocado o demás chaladuras de ese tipo. Un posmoderno siempre se subirá a cualquier tren alternativo por propia definición, da igual lo peligrosas o dañinas que sean esas ideas: lo alternativo siempre será mejor que los malvados occidentales ilustrados con sus democracias y sus telediarios y su internet y su libertad y su igualdad y su tolerancia, que eso sí que es retorcido y alienante.

Sin embargo, ellos disfrutan de todas esas cosas. Lo cierto es que, de hecho, y esto lo digo por experiencia propia, ellos lo disfrutan más que la media. Aún recuerdo a un tío que estudiaba conmigo la carrera y que se pasaba todos los días en un bar escribiendo cosas ininteligibles contra el sistema sobre la base de las ideas

de Deleuze. Ahora, iba a clase en un Golf que olía a nuevo y las vacaciones carísimas no se las quitaba nadie. Otro, todavía más radical, tenía un chalet enorme con piscina climatizada y hacía comentarios racistas bastante locos después de un par de cervezas. Es vomitivo ver a alguien quejarse continuamente del sistema mientras representa lo peor de él. Y es que la posmodernidad es un producto perfecto para todos estos pijoprogres al permitirles victimizarse y sentirse aún más especiales. Resulta inverosímil pensar que estas ideas surjan en un país pobre en el que lo que interesa es progresar, reducir la mortalidad infantil, comer todos los días y esa clase de cosas que Derrida y Rorty considerarían insignificantes al lado de un buen relato sobre el sexo de los ángeles. Porque sobrevivir y preocuparse es de pobre. La existencia de la posmodernidad no deja de decirnos que vivimos en un mundo tan desigual que mientras unos luchan por sacar adelante a una humanidad que lo pasa francamente mal, existe una casta de niños caprichosos que se aburren con sus juguetes caros mientras se dedican a atarse a globos para así olvidarse de todos esos problemas reales que tan antiestéticos y molestos les resultan.

La miseria de la posmodernidad

Entrevista a Daniel Zamora

En el mundo académico de habla francesa y en muchos círculos de la izquierda radical, Michel Foucault es una especie de icono. Toda crítica raya en la blasfemia. Sin embargo, se acaba de publicar un ensayo colectivo titulado **Foucault y el neoliberalismo**. [1] *El sociólogo Daniel Zamora, responsable de este ensayo, resume el tono:* ***"Lejos de llevar a cabo una resuelta lucha intelectual contra la ortodoxia del libre mercado, Michel Foucault parece, en muchos aspectos, unirse a ella"****.*

Michel Foucault, que murió en 1984 en París, es un filósofo francés cuyo trabajo se centró en la relación entre el poder y el conocimiento. Su obra es una crítica de las normas y los mecanismos de poder que se ejercen a través de instituciones aparentemente neutrales (la medicina, la justicia, las relaciones familiares o sexuales...).

En 1950, bajo la influencia de Louis Althusser, se afilia al Partido Comunista Francés. Se mantiene poco activo y deja el partido en 1953. En 1961 obtiene el doctorado en con una tesis titulada **Locura y sinrazón: Historia de la locura en la época clásica**. *En 1966, publica* **Las palabras y las cosas**, *de gran éxito. En aquel momento, la popularidad del* ***estructuralismo*** *es enorme y Foucault se vincula a académicos estructuralistas y filósofos como Jacques Derrida, Claude Lévi-Strauss y Roland Barthes, para quienes los procesos sociales derivan de estructuras fundamentales que son por lo general no conscientes. De este modo, la organización social genera ciertas prácticas y creencias a las personas que dependen de ellos. El estructuralismo trata de explicar un fenómeno a partir del lugar que ocupa en un sistema, de acuerdo con leyes de asociación y disociación supuestamente inmutables.*

En los años 70, Foucault vuelve a implicarse políticamente, sobre todo en la defensa de activistas maoístas encarcelados y de trabajadores inmigrantes. Al final de esa década, algunos antiguos izquierdistas dan un giro ideológico de 180 grados, creando los ***Nuevos Filósofos****. A menudo citan a Foucault como una de sus principales influencias.*

Foucault es más conocido por su crítica de las instituciones sociales: la psiquiatría, la medicina, el sistema penitenciario, y por sus ideas y desarrollo sobre la historia de la sexualidad, sus teorías generales sobre el poder y la relación entre el poder y el conocimiento.

En la segunda mitad de los años 70, también se interesa en lo que piensa era una nueva forma de ejercicio del poder (sobre la vida), que calificó de ***"biopoder"*** *(un concepto recogido por Antonio Negri). El poder que crea la muerte y deja vivir es reemplazado por el biopoder, que vive y deja morir (el estado de bienestar: la seguridad social, los seguros, etc.).*

Criticas a Foucault aunque reconoces que siempre ha ido "un paso por delante de sus contemporáneos"

¿QUIÉN FUE MICHEL FOUCAULT?

- Nació en Poitiers en1926. Fue un **historiador** de las ideas, **psicólogo**, **Sociólogo** y **filosofo** francés.
- Surge a mediados de la década de los sesenta y se presenta como seguidor de Jean-Paul Sartre.
- Se negaba a considerarse posmoderno, no obstante se apoyó mucho en este pensamiento.



¿Qué quieres decir?

Foucault puso de relieve problemas que fueron ignorados o dejados de lado por los intelectuales dominantes de su época, aunque hay que señalar que no era el único que trabaja sobre las cuestiones planteadas por la psiquiatría, las prisiones o la sexualidad.

En Italia, por ejemplo, el movimiento anti-psiquiátrico iniciado por Franco Basaglia no esperó a Foucault para cuestionarse los asilos y proporcionar estimulantes propuestas de políticas para reemplazar dicha institución. Foucault, sin embargo, allanó el camino para muchos historiadores e investigadores que trabajan en nuevos temas, territorios inexplorados hasta ahora.

Nos enseñó a cuestionar políticamente objetos que parecían vivir más allá de toda sospecha. Según su punto de vista la verdadera tarea política era criticar las instituciones ***"aparentemente neutrales e independientes"*** y atacarlas ***"de tal manera que la violencia política ejercida oscuramente en ellas sea desenmascarada"***. [2]

Puedo tener algunas dudas sobre la naturaleza de sus críticas – estoy seguro de que volveremos a ellas – pero fue sin duda alguna un proyecto extremadamente novedoso y estimulante.

Su trabajo plantea que Foucault es compatible con el neoliberalismo, ¡seguro que va a dar que hablar!

Es el propósito del libro. Quería romper con la imagen demasiado consensual de un Foucault en completa oposición al neoliberalismo en el final de su vida, que se ha convertido en una especie de ente intocable para una parte de la izquierda radical. Esta ceguera es tanto más sorprendente cuando, al sumergirme en los textos, me vi impactado por la indulgencia que muestra Foucault frente al neoliberalismo. No es sólo su curso en el Colegio de Francia el que plantea interrogantes (el nacimiento de la biopolítica), sino también numerosos artículos y entrevistas, que son plenamente accesibles. Foucault estuvo muy atraído por el liberalismo económico: veían en él la posibilidad de una forma de gobierno mucho menos normativa y autoritaria que la propuesto por la izquierda socialista y comunista, que según su punto de vista estaba caducada. Vio la política del neoliberalismo ***"menos burocrática"*** y ***"con mucha menos disciplina"*** que la del estado de bienestar de postguerra. Foucault parece acercarse, a finales de los años 70, a la opinión minoritaria pero intelectualmente influyente del socialismo francés de la ***"segunda izquierda"***. Es seducido por el deseo de ***"des-estatalizar la sociedad francesa"***.

La mayoría de las obras dedicadas al giro conservador de los años 80 hasta el momento han tratado sobre la idea de la *"traición"* de algunos intelectuales y activistas políticos de izquierdas, que habrían cambiado sus colores por

"oportunismo". Es una lectura incorrecta. Cuando se estudian seriamente los análisis de Foucault - y de muchos otros - de finales de los años 80, uno se da cuenta de que su *"izquierdismo"* o sus críticas recaen sobre todo en aquello que encarnaba la izquierda de postguerra: el estado social, los partidos políticos, los sindicatos, los trabajadores organizados, el racionalismo, la lucha contra la desigualdad ... Yo no creo que estos intelectuales hayan *"traicionado"*. Estaban predispuestos por sus críticas y su odio a la izquierda clásica a abrazar la ortodoxia neoliberal. Por lo tanto, es poco sorprendente que François Ewald, asistente de Foucault en el Colegio de Francia, acabe de consejero de la patronal francesa MEDEF, sin dejar de seguirse reclamando como seguidor de Foucault ...

Incluso Colin Gordon, uno de los principales traductores y comentaristas de Foucault en el mundo anglosajón, no tiene problemas en admitir que él ve en Foucault algo así como un precursor de la ***Tercera Vía*** de Blair, incorporando la estrategia neoliberal dentro del corpus socialdemócrata.

Al mismo tiempo, su libro no es un panfleto extenso, un proceso inquisitorial. Usted reconoce las cualidades de su obra.

¡Por supuesto! Estoy fascinado por el personaje y por su trabajo. A mi parecer es precioso. También aprecio enormemente el recientemente publicado trabajo de Geoffroy de Lagasnerie, **La última lección de Michel Foucault**. En última instancia, su libro es como la otra cara de la moneda de nuestro libro, puesto que ve en Foucault un deseo de usar el neoliberalismo para reinventar a la Izquierda. Nuestra perspectiva es que como algo más que una herramienta: adopta la visión neoliberal para criticar a la izquierda.

Aun así, Lagasnerie subraya un punto que a mi parecer es esencial y apunta al corazón de muchos problemas de la izquierda crítica: señala que Foucault fue uno de los primeros en tomarse en serio los textos neoliberales y en leerlos rigurosamente. Antes de él, aquellos productos intelectuales eran generalmente rechazados, percibidos como simple propaganda. Según Lagasnerie, Foucault desmontó la barrera simbólica que había sido construida por la izquierda intelectual en contra de la tradición neoliberal.

Aislados en el sectarismo usual del mundo académico, no se había hecho ninguna lectura estimulante que tomase en consideración los argumentos de Friedrich Hayek, Gary Becker o Milton Friedman. En este sentido, sólo podemos estar de acuerdo con Lagasnerie: Foucault nos permitió leer y entender a estos autores, descubrir en ellos un corpus de pensamiento complejo y estimulante. Es indiscutible que Foucault se esforzó en analizar corpus teóricos de horizontes bastante amplios y diferentes, y en cuestionar constantemente sus propias ideas.

La izquierda intelectual lamentablemente no ha conseguido hacer lo mismo. Frecuentemente se ha quedado atrapada en una actitud de *"escuela"*, rehusándose a priori a considerar o debatir ideas y tradiciones que nacen de diferentes premisas que las suyas. Es una actitud muy dañina. A veces nos vemos lidiando con gente que prácticamente nunca ha leído a los intelectuales fundadores de la ideología política que se supone están atacando. Su conocimiento se limita a unos pocos lugares comunes.

En su texto, usted cuestiona su visión de la seguridad social y la redistribución de la riqueza: ¿Nos puedes contar algo más de este asunto?

¡Es una pregunta casi inexplorada por los *"foucaltianos"*! A decir verdad, no creí que acabase trabajando sobre ese tema cuando estaba ideando la estructura del libro. Mi interés en la seguridad social no estaba originalmente conectado a Foucault de forma directa, pero mi investigación sobre el tema me llevó a pensar cómo hemos pasado en los últimos 40 años de una política dirigida a combatir la inequidad, basada en la seguridad social, a una política dirigida a combatir la pobreza, crecientemente organizada alrededor de repartos específicos de presupuesto y poblaciones objetivo.

Pero el paso del primer objetivo al segundo ha transformado completamente el concepto de justicia social: combatir las desigualdades (y buscar reducir la disparidad absoluta) es muy diferente a combatir la pobreza (y buscar ofrecer un mínimo a los menos favorecidos). Llevar a cabo esta pequeña revolución requirió años de trabajo deslegitimando la seguridad social y las instituciones de los asalariados.

Mientras leía detenidamente los textos del Foucault *"tardío"* (de finales de los 70 e inicios de los 80) me di cuenta que tomaba partido plenamente en esta operación. Así, no sólo retó a la seguridad social, sino que también fue seducido por la alternativa de los impuestos negativos a la renta propuestos por Milton Friedman en dicho periodo. Foucault pone a los mecanismos de asistencia social y de seguro social al mismo nivel que las prisiones, las barracas, o la escuela, instituciones indispensables ***"para el ejercicio del poder en las sociedades modernas"***.

También es interesante señalar que en la obra central de Francois Ewald, no duda en escribir que ***"el estado de bienestar cumple el sueño del 'biopoder'"***. ¡Ni más ni menos! [Ewald fue discípulo y asistente de Foucault, y actualmente es un intelectual alineado con la industria de seguros de Francia y Medef, la principal federación de empresas de Francia].

Dados los muchos defectos del sistema de seguridad social, Foucault estaba interesando en reemplazarlo con un impuesto negativo a la renta. La idea es relativamente simple: el Estado le paga una ayuda a cualquiera que se encuentre por debajo de cierto nivel de ingreso. La meta es organizar las cosas de tal modo que nadie esté bajo el nivel mínimo, sin grandes trabas administrativas.

En Francia este debate empieza a aparecer en 1974, con el libro de Lionel Stoleru **Acabar con la pobreza en los países ricos**. También es interesante recordar que Foucault se reúne con Stoleru varias veces cuando éste era asesor técnico en el gobierno de Valery Giscard D'Estaing. Un argumento importante recorre su trabajo y atrae la atención de Foucault: en el mismo espíritu que Friedman, distingue entre una política que busca la igualdad (el socialismo) y una política que simplemente quiere eliminar la pobreza sin retar las desigualdades (liberalismo). Para Stoleru, cito, ***"las doctrinas… pueden llevarnos o a una política dirigida a eliminar la pobreza o a una política que busca limitar la brecha entre ricos y pobres"***. [3] *Es lo que llama* ***"la frontera entre la pobreza absoluta y la pobreza relativa"***. [4] La primera se refiere simplemente a un nivel arbitrariamente determinado (al que se dirige el impuesto negativo a la renta) y la otra a disparidades generales entre individuos (a las que se dirigen la seguridad social y el estado de bienestar). Según el punto de vista de Stoleru, ***"la economía de mercado es capaz de asimilar las acciones contra la pobreza absoluta"*** pero ***"es incapaz digerir medidas contundentes contra la pobreza relativa"***. [5] Por eso, señala, cree que ***"la distinción entre pobreza absoluta y pobreza relativa es de hecho la distinción entre capitalismo y socialismo"***. De ese modo, lo que está en juego cuando se pasa de una a otra es un tema político: la aceptación del capitalismo como la forma económica dominante, o su rechazo.

Desde ese punto de vista, el entusiasmo no oculto con que Foucault recibe la propuesta de Stoleru forma parte de un movimiento más grande, que sustituirá el declive de la filosofía igualitaria de la seguridad social por una lucha contra la *"pobreza"* bastante más orientada al libre mercado. En otras palabras, y por más sorprendente que parezca, la lucha contra la pobreza, lejos de limitar los efectos de los programas neoliberales, en realidad ha contribuido a su hegemonía política.

Así que no es sorprendente ver que las grandes fortunas del mundo, como las de Bill Gates o George Soros, se embarcan en esta lucha contra la pobreza incluso cuando apoyan, sin ninguna contradicción aparente, la liberalización de servicios públicos, la destrucción de todos estos mecanismos de redistribución de la riqueza, y las *"virtudes"* del neoliberalismo.

Combatir la pobreza de ese modo permite incluir cuestiones sociales en la agenda política sin tener que pelear en contra de la desigualdad y los mecanismos estructurales que la producen. Así que esta evolución ha sido parte central del neoliberalismo, y el objetivo de mi libro es mostrar que Foucault es en parte responsable de este desarrollo.

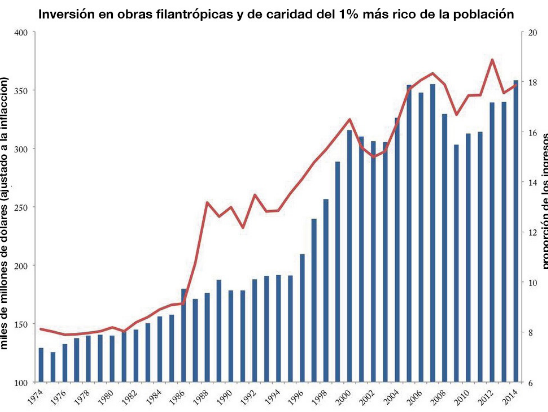
El problema del Estado es omnipresente en su trabajo. El que critica su razón de ser pasa a ser un liberal. ¡Pero Bakunin, al igual que Lenin y las tradiciones anarquista y marxista, critican el Estado! ¿No ignora esta dimensión?

No lo creo. Creo que la crítica de las tradiciones marxista o anarquista es muy diferente de la que formula Foucault, y no solamente él, sino una importante concepción del marxismo de los años 70.

Primero, por la simple razón que todos esos viejos escritores anarquistas y marxistas no conocieron la seguridad social o la forma que el estado toma después de 1945. El estado al que Lenin se refería era efectivamente el estado de la clase dominante, en el que los trabajadores no jugaban rol alguno. El derecho a voto, por ejemplo, no se generaliza – sólo para los hombres- hasta el el periodo de entreguerras. Así que es difícil saber qué habrían pensado sobre estas instituciones y su carácter *"burgués"*.

Siempre me ha irritado esta idea, que es relativamente popular dentro de la izquierda radical, de que la seguridad social es en última instancia una herramienta de control social del gran capital. Esta idea demuestra un completo malentendido de la historia y los orígenes de nuestros sistemas de protección social. Estos sistemas no fueron establecidos por la burguesía para controlar a las masas. Al contrario, la burguesía fue totalmente hostil.

Estas instituciones fueron el resultado de un posicionamiento fuerte del movimiento obrero tras la Liberación. Fueron inventadas por el propio movimiento obrero. Del siglo XIX en adelante, los trabajadores y los sindicatos establecieron sociedades mutuas, por ejemplo, para pagar ayudas a aquellos que no podían trabajar. La lógica del mercado y los enormes riesgos que imponía a sus vidas les obligó a desarrollar mecanismos para la socialización parcial de los ingresos. En la fase temprana de la revolución industrial, sólo aquellos que eran dueños de propiedades eran ciudadanos plenos, y como enfatiza el sociólogo Robert Castel, solamente con la seguridad social tuvo lugar la ***"rehabilitación social de los no propietarios"***. Fue la seguridad social la que estableció, al lado de la propiedad privada, una propiedad social, con la intención de elevar a las clases populares a la ciudadanía. Es la idea que Karl Polanyi desarrolla en **La Gran Transformación**, que ve en el principio de protección social el objetivo de sacar al individuo fuera de las leyes del mercado y reconfigurar las relaciones de poder entre capital y trabajo.



El ascenso paralelo de Filantropía y Neoliberalismo

Por supuesto, se puede criticar la gestión estatal de la seguridad social, o decir, por ejemplo, que debería ser dirigida por colectivos –aunque realmente no creo en ese argumento- pero criticar la herramienta y su base ideológica en sí, eso es muy diferente. Cuando Foucault llega a decir que ***"difícilmente tiene sentido hablar de un 'derecho a la salud'"***, y pregunta sí ***"una sociedad debería buscar satisfacer la necesidad de salud de los individuos, y si pueden esos individuos legítimamente demandar la satisfacción de esas necesidades"***, no me parece realmente que nos encontremos en el discurso anarquista.

Para mí, a diferencia de Foucault, lo que debemos hacer es ahondar en los derechos sociales que ya tenemos, deberíamos ***"construir sobre lo que ya existe"***, como señala Bernard Friot. Y la seguridad social es una herramienta excelente que deberíamos defender y profundizar. En esa misma línea, cuando leo a la filósofa Beatriz Preciado, que escribe en Libération que ***"no vamos a llorar por el final del estado de bienestar, porque el estado de bienestar es también el hospital psiquiátrico, la oficina para discapacitados, la prisión, la escuela patriarcal-colonial-heteronormativa"***, me hace pensar que el neoliberalismo ha hecho mucho más que transformar nuestra economía; ha reconfigurado profundamente la imaginación social de cierta izquierda *"libertaria"*.

Al centrarse en los "marginales" (los excluidos, los presos, los enfermos mentales, las minorías sexuales, los "anormales", etc.), Foucault ¿no saca a la luz todas estas personas hasta entonces ignorada por el marxismo ortodoxo que sólo tenía ojos para las relaciones económicas?

Está completamente en lo cierto. Lo diré de nuevo: su contribución en este punto es muy importante. Claramente sacó de las sombras todo un espectro de opresiones que habían estado invisible antes. Pero su acercamiento no solamente buscaba sacar a relucir estos problemas: buscaba darles una centralidad política que puede ser cuestionada. Para decirlo claramente: según su punto de vista, y el de muchos escritores de ese periodo, la clase trabajadora de hoy está *"aburguesada"*, está perfectamente integrada en el sistema. ***"Los privilegios"*** que obtuvo tras la II Guerra Mundial ya no la convierten un agente de cambio social, sino que, por el contrario contrario, suponen un freno a la Revolución. Esta idea estaba bastante difundida en aquel tiempo, y puede encontrarse en autores tan variopintos como Herbert Marcuse o André Gorz. Gorz va más lejos aún y habla de de la clase obrera como una ***"minoría privilegiada"***.

El fin de esta centralidad – que también es sinónimo del fin de la centralidad del trabajo – encontraría su expresión en las ***"luchas contra la marginalización"*** de minorías sociales o étnicas. El lumpenproletariado, (o los ***"nuevos plebeyos"***, para usar el término de Foucault), adquiere una nueva popularidad, y pasa a ser visto como un sujeto genuinamente revolucionario.

Para estos autores, el problema ya no es la explotación, sino no el poder, y las modernas formas de dominación. Como escribe Foucault, si ***"el siglo XIX estuvo preocupado sobre todo con las relaciones entre las grandes estructuras económicas y el aparato estatal"***, ahora ***"el problema son los pequeños poderes y los sistemas difusos de dominación"***, que ***"se han convertido en problemas fundamentales"***. [6]

El problema de la explotación y la redistribución de la riqueza fueron reemplazados por el de ***"exceso de poder"***, que controla nuestras conductas. A comienzos de 1980, parece claro que para Foucault la pregunta ya no gira en torno a la redistribución de la riqueza. No tiene problemas en escribir: ***"Se podría decir que necesitamos una economía que lidie no con producción y la dis-***

tribución, sino con las relaciones de poder”. [7] Así, ya no se trata de una lucha contra el poder ***“como un agente de explotación económica”***, si no sobre las luchas contra el poder cotidiano, encarnadas especialmente en el feminismo, el movimiento estudiantil, los detenidos, o los indocumentados. Déjeme ser claro, obviamente el problema no es haber puesto en la agenda todo un espectro de dominaciones que habían sido ignoradas, el problema viene del hecho de que pasan a ser teorizadas y pensadas fuera de las preguntas acerca de la explotación. Lejos de delinear una perspectiva teórica que considere las relaciones entre estos problemas, poco a poco pasan a enfrentarse los unos contra los otros, ¡siendo vistos incluso como contradictorios!

Esta descalificación del mundo del trabajo ha tenido consecuencias bastante sorprendentes. Se pondrá en el centro del debate público la ***“exclusión social”*** de los parados, los jóvenes de los suburbios y los inmigrantes como el principal problema político. Este desarrollo será el punto de partida de la centralidad que ***adquirirán – a izquierda y derecha - los “excluidos”*** y la idea de que a partir de entonces la sociedad ***“post-industrial”*** se divide entre los que tienen acceso al mercado el trabajo y los que, en mayor o menor medida, están excluidos - desplazando con ello el enfoque del mundo trabajo hacia la exclusión, los pobres o el paro. Este desplazamiento pondrá indirectamente a los trabajadores en el lado ***“de los que están empleados (del lado de los ‘privilegiados’, ‘de los intereses creados’)”***. [8]

Esta lógica redefine la cuestión social sobre la base de un conflicto entre dos fracciones del proletariado en lugar de entre el capital y el trabajo. En la derecha, esta redefinición tratará de limitar los derechos sociales de ***“los que sobran”*** movilizando contra ellos a ***“los activos”***, y, en la izquierda, se tratará de movilizar a ***“los que sobran”***, ***“a la población excedente”*** contra el aburguesamiento de ***“los activos”***. Las dos posiciones aceptan desde aquel entonces la centralidad de las fracciones ***“excluidas”*** de los asalariados estables a expensas de la de los ***“obreros”***. Cuando Margaret Thatcher opone la ***“subclase”***, ***“que vive de subvenciones”*** y que está ***“protegida”*** a la de los británicos ***“que trabajan”*** ¿Acaso no expresa, de forma inversa, la tesis de Foucault o André Gorz?

Es obvio que el contenido político de estas declaraciones de la derecha son radicalmente diferentes de las de los autores de finales de los 70. En efecto, ¿cómo podemos no ver una extraña coincidencia entre la ***“no clase”*** de Gorz y la ***“infraclase”*** tan usada por el ideólogo ultra conservador Charles Murray?. Pero de una u otra manera, para ambos, quienes ***“sobran”*** – el excedente, - se convierten en el sujeto político central, y ya no la clase obrera. Tanto para Gorz como para el movimiento neoliberal el problema no es tanto el hecho de estar explotado, si no las relaciones en el trabajo. Gorz considera que el estilo de vida de la población excedente como una ***“liberación”*** del trabajo y Thatcher como el ***“vicio”*** de la pereza que se debe combatir. Uno eleva a rango de virtud ***“el derecho a la pereza”***, mientras que la otra lo convierte en una injusticia a destruir. Como describe certeramente la filósofo marxista Isabelle Garo, esta transición ayudará a ***“remplazar la exploración y su crítica por el enfoque en la víctima a quien se niegan los derechos, los prisioneros, disidentes, homosexuales, refugiados, etc.”***. [9]

¿Cómo se explica que Foucault pueda seducir a tantos entornos radicales, que, sin embargo, argumentan con fuerza que desean terminar con la era neoliberal?

Es una pregunta muy interesante pero no tengo una respuesta satisfactoria. No obstante, se debe en gran parte a la estructura de campo académico. Tendríamos que regresar a Bourdieu y los excelentes trabajos de Louis Pinto para entender mejor esta evolución.

No hay que olvidar que unirse a una *“escuela”*, o asociarse con cierta perspectiva teórica, significa asociarse a un campo intelectual, en el que hay una lucha importante por poder acceder a las posiciones dominantes. En última instancia, llamarse a sí mismo marxista en la Francia de los años 60 - cuando el campo académico estaba en parte dominado por autoproclamados marxistas - no tenía el mismo significado que denominarse marxista hoy.

Los conceptos y autores canónicos son claramente instrumentos intelectuales, pero también se corresponden con diferentes estrategias para volverse parte del campo y luchar en él. El desarrollo intelectual está en parte determinado por las relaciones de poder dentro de ese campo.

Además, me parece que las relaciones de poder dentro del campo académico han cambiado considerablemente desde el fin de los años 70: después del declive del marxismo, Foucault adquiere un papel central. Ocupa una posición cómoda que le permite introducir un cierto grado de subversión sin empañar los códigos de la academia. Movilizar a Foucault es algo bastante valorado, y en ocasiones permite a sus defensores que les acepten publicaciones en prestigiosas revistas, unirse a amplias redes de trabajo intelectual, publicar libros, etc.

Amplios grupos del mundo intelectual se refieren a Foucault en su trabajo y ponen en su boca algo y lo contrario. ¡Se puede ser asesor de la patronal francesa MEDEF y editar sus conferencias!. Diría que Foucault abre puertas. Y no puedes decir lo mismo de Marx en la actualidad.

Esta crítica a los “márgenes” como centro del combate político podría terminar siendo del agrado de contra-revolucionarios en Francia o Bélgica. ¿No tiene miedo de caer en su juego?

Evidentemente también existe una crítica *“conservadora”* de Foucault – y más ampliamente, de lo que representa el Mayo del 68 en la historia social francesa. Esta crítica ya no es marginal: se puede ver entre los ideólogos de la derecha conservadora como Eric Zemmour o dentro del Frente Nacional. Critican abiertamente todo el legado feminista, antirracista y cultural de Mayo del 68 mientras dicen poco acerca de los estragos económicos del neoliberalismo. Es como si el problema fuera el liberalismo político que surgió en los 80, y solamente volviendo atrás sobre estas evoluciones sociales podremos ***“construir la sociedad”***.

Se suelen escuchar este tipo de ideas, que plantean que la destrucción de los valores familiares o las formas comunitarias de lazos sociales permitieron la expansión del neoliberalismo, visto como una evolución negativa del viejo buen capitalismo de antes de la mundialización. Aunque pueda haber algo de verdad en estos análisis, son totalmente ingenuos al proponer regresar a estilos de vida más *“tradicionales”*. Estaríamos yendo a un liberalismo de tipo más autoritario, con el regreso a los valores familiares, una cultura nacional totalmente idealizada, y el viejo capitalismo pre-globalización.

Y sobre la idea de *“caer en su juego”*, no creo que sea un problema. Si hay algún problema con algunos aspectos del legado de Mayo del 68, el rol de la izquierda no consiste en cerrar los ojos frente a ellos porque la extrema derecha lo ataque, o Soral o Zemmour, sino al contrario, ofrecer un análisis propio, hacer un balance propio, para no perder por completo la batalla ideológica. Necesitamos entregarnos a esta tarea para empezar a reconstruir una izquierda que sea a la vez radical y popular.

NOTAS:

[1] **Critiquer Foucault. Les années 1980 et la tentation néolibérale**, ouvrage collectif dirigé par Daniel Zamora, Aden, 2014.

[2] Noam Chomsky, Michel Foucault, **Sobre la naturaleza humana: comprender el poder**, Aden, Bruxelles, 2006.

[3] Lionel Stoléru, **Vaincre la pauvreté dans les pays riches**, Flammarion, Paris, 1974, p. 237.

[4] *Ibid*. pp. 286-287

[5] *Ibid*.

[6] Michel Foucault, *«Michel Foucault. Las respuestas del filósofo»*, novembre 1975, dans **Dits et Écrits I**, 1954-1975, no 163, Gallimard, Paris, 2001, p. 1674.

[7] Michel Foucault, *«La filosofía analítica de la política»*, op.cit., p. 536.

[8] Stéphane Beaud, Michel Pialoux, **Retorno sobre la condición obrera**, 10/18, Paris, 2004, p. 424.

[9] Isabelle Garo, **Foucault, Deleuze, Althusser y Marx**, Demopolis, Paris, 2011, p. 70.